



Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Mieko Kawakami

## Pechos y huevos

Traducción del japonés por  
Lourdes Porta

---

## ÍNDICE

- 7 PRIMERA PARTE  
VERANO DE 2008
- 9 ¿Eres pobre?
- 39 Buscando un poco más de belleza
- 51 ¿Y las tetas de quién son?
- 75 Gente que va al restaurante chino
- 87 La larga charla nocturna de las dos hermanas
- 121 El lugar más seguro del mundo
- 141 Todas las cosas que estás acostumbrada a ver
- 167 SEGUNDA PARTE  
VERANO DE 2016 - VERANO DE 2019
- 169 A ti te falta ambición
- 189 Matas de pequeñas flores
- 205 Elige la opción correcta entre las siguientes
- 223 Hoy estoy muy contento porque he visto a mis amigos
- 255 Unas Navidades divertidas
- 291 Unas instrucciones complejas
- 335 Ten valor
- 373 Nacer o no nacer
- 415 La puerta del verano
- 453 Mejor que olvidar

---

**PRIMERA PARTE**

**VERANO DE 2008**

---

## ¿ERES POBRE?

Cuando quieras saber lo pobre que era alguien, lo más rápido es preguntarle cuántas ventanas tenía la casa donde creció. De lo que comía o de cómo vestía, de eso no puedes fiarte. Cuando quieras averiguar el grado de pobreza, solo puedes confiar en las ventanas. Sí, pobreza equivale a número de ventanas. Que no haya ventanas o cuantas menos haya: esto te dirá hasta qué punto esa persona era pobre.

Una vez le dije esto a alguien y me objetó que no era así. Su punto de vista era el siguiente: «Pero es que aunque solo haya una ventana, suponte que es una de esas superenormes que dan al jardín, ¿vale?, y una casa con una sola ventana enorme, fabulosa, no se puede decir que sea pobre, ¿no?».

Bajo mi punto de vista, esa es la idea de alguien que nunca ha tenido nada que ver con la pobreza. Una ventana que da al jardín. Una ventana grande. ¿Una qué, que da al jardín? ¿Y qué significa eso de ventana fabulosa?

Para los habitantes del mundo de la pobreza la concepción de ventana grande o de ventana fabulosa, en sí misma, no existe. Para ellos, una ventana es lo que hay detrás de cómodas o estanterías modulares apretujadas las unas contra las otras: aquella lámina de vidrio ennegrecida que jamás han visto abrir. Aquel sucio marco cuadrado, al lado del extractor de la cocina, atrancado y pegajoso por la grasa, que nunca han visto girar.

---

De modo que, si quieres hablar de pobreza, los únicos que pueden hacerlo de veras son, como es de suponer, los pobres. Los pobres en tiempo presente o aquellos que lo han sido en el pasado. Y yo soy ambas cosas. Nací pobre, sigo siendo pobre.

Que recordara o estuviese pensando vagamente en todo eso quizá se debiera a la niña que estaba sentada frente a mí. La línea Yamanote, en plenas vacaciones de verano, no estaba tan llena como era de esperar y todo el mundo ocupaba tranquilamente su asiento, manoseando el móvil o leyendo un libro.

A ambos lados de la niña, que tanto podría tener ocho años como diez, había sentados un hombre joven con una bolsa de deporte a los pies y un par de chicas con una diadema en la cabeza adornada con un gran lazo negro: ella, al parecer, iba sola.

De piel oscura, flaca. Las manchas redondas y descoloridas de la pitiriasis eran más visibles aún en la piel tostada por el sol. Las dos pierrecillas que emergían de los pantaloncitos cortos de color gris eran casi tan delgadas como los bracitos que salían disparados de la camiseta de tirantes azul celeste. Las comisuras de los labios apretados, los hombros encogidos: al mirar su expresión, que dejaba traslucir un no sé qué de tirantez, me acordé de mí misma cuando era niña y me vino a la cabeza la palabra *pobre*.

Clavé la mirada en la camiseta de tirantes azul celeste con el cuello desbocado, en las zapatillas deportivas que, en origen, debían de haber sido blancas, aunque ahora estaban tan llenas de manchas que era imposible distinguir su color. Sentí una cierta ansiedad pensando que, si de repente abriera la boca y mostrase los dientes, todos estarían llenos de caries. Por cierto, no llevaba nada consigo. Ni mochila, ni bolsa, ni bolsito. ¿Llevaría el billete y el dinero en el bolsillo? No sé cómo salen a la calle las chicas de su edad cuando van a algún sitio en tren, pero a mí me inquietaba un poco que no llevara nada.

---

Mientras la estaba mirando, me dio la sensación de que debía levantarme, plantarme ante su asiento y decirle algo, no importaba qué. Me dio la sensación de que debía intercambiar con ella algunas palabras, como cuando dejas una pequeña señal en una esquina de la agenda que nadie más que tú puede entender. ¿De qué podría hablarle? Sobre su cabello hirsuto, a todas luces duro, de eso sí tendría algo que decirle. Aunque sople el viento, tú no te despeinas, ¿verdad? Ah, y por esas manchas de la cara no te preocupes: se te irán cuando te hagas mayor. O, si no, ¿por qué no sacar el tema de las ventanas? En mi casa no había ninguna ventana que diera al exterior, ¿hay alguna en la tuya?

Miré el reloj de pulsera: las doce en punto del mediodía. El tren proseguía su marcha atravesando el pico de calor de un verano inmóvil, la voz sorda del altavoz anunciaba la próxima parada, Kanda. Llegamos a la estación, las puertas se abrieron con un suspiro exangüe y entró un anciano a trompicones, borracho como una cuba a pesar de no ser más que las doce del mediodía. Algunos pasajeros lo esquivaron de un salto y el hombre dejó oír un gruñido sordo. El pelo gris, como un estropajo deshilachado de acero, le colgaba hasta la altura del pecho de su viejo mono. Con una mano estrujaba una bolsa de plástico arrugada del súper, con la otra, se agarraba, tambaleante, al asidor que colgaba del techo. Se cerraron las puertas, el tren se puso en marcha y, cuando yo volví a mirar al frente, la niña de antes había desaparecido.

Ya en la estación de Tokio, al salir por el paso de acceso a los andenes, me detuve de golpe ante una aglomeración increíble de gente que vete a saber de dónde venía y adónde iría después. Más que un gentío normal y corriente parecía un juego extraño. Tuve la impresión de que me decían: «¡Eres la única que no sabe las reglas!», y me sentí desamparada. Estrujé el asa de mi bolso de lona, solté una gran bocanada de aire.

Hace diez años que pisé por primera vez la estación de Tokio. Fue el verano en que acababa de cumplir los veinte años, un día en que, por más que lo enjugaras y enjugaras, el